

depsicoterapias.com
02.01.2007

Al yo le pasa de todo

El yo desestructurado de la psicosis le hace descubrir a Freud una fase autoerótica, previa al narcisismo, en la cual la unificación corporal todavía no se logró. El narcisismo se le presenta multifacético: fase libidinal, aspecto de la vida amorosa, origen del ideal del yo, construcción del yo... La esquizofrenia y la paranoia le dan argumentos para teorizar esa reverberación. Pero hay más: la enfermedad orgánica, la hipocondría, la homosexualidad, el dormir y la vida amorosa. Otras facetas del narcisismo (Hornstein, 2006).

Freud (1916-7) indica como a partir de las neurosis: *“Nos procuramos una primera intelección de la fábrica de las fuerzas del alma. Las neurosis de transferencia nos ofrecieron el material más favorable para eso. Pero el yo, las diversas organizaciones que lo componen, la manera en que están edificadas y su modo de funcionamiento siguieron ocultos para nosotros [...] mediante el psicoanálisis de las afecciones narcisistas esperábamos poder llegar a conocer la composición de nuestro yo y su edificio de instancias”*.

El yo es una suma más o menos integrada de identificaciones, un conjunto más más o menos dispar de funciones. Un rompecabezas-computadora. Multiplicidad de imágenes y enunciados identificantes de los otros significativos le abastecen piezas del rompecabezas, rompecabezas que nadie sino él puede armar, eligiendo las que lo ayudan a proseguir su construcción identificatoria.

Al que estudia, la metapsicología le permite sistematizar una noción, explicitarla, aclararla, observar contradicciones. A Freud le permite inventar nociones y articularlas, a partir de una fina intuición clínica. Y eso hace con el yo. Desde el punto de vista tópico, depende de las reivindicaciones del ello, de los imperativos del superyó y de las exigencias de la realidad. Desde el punto de vista dinámico, representa el polo defensivo del conflicto que pone en marcha una serie de mecanismos de defensa activados a partir de la señal de angustia. Desde el punto de vista económico, permite el pasaje de la energía libre (proceso primario) a la energía ligada (proceso secundario).

Hacia una teoría contemporánea del yo

¿Ha sido superada la teoría clásica del yo por el psicoanálisis contemporáneo? ¿Puede cuestionarse la teoría del yo sin contextualizarla en la teoría del psiquismo? La pregunta excede mi participación en este libro y sin duda despertará respuestas corrientosas. Las corrientes, ya se sabe, tratan de conservar la identidad como razón de ser. Mientras tanto repaso lo postulado por otros autores.

Freud (mejor dicho, su teoría) asigna al yo funciones diversas: control de la motilidad y de la percepción, prueba de la realidad, anticipación, ordenación temporal de los procesos mentales, pensamiento racional. Pero también lo hace responsable de desconocimiento, racionalización, defensa compulsiva contra las reivindicaciones pulsionales.

El psicoanálisis norteamericano tenía derecho a optar por las funciones autónomas del yo, haciendo intervenir nociones como la de energía neutralizada, esfera no conflictual, función sintética. Aparatos de autonomía primaria -percepción, memoria y motilidad- garantizan la adaptación al medio. Sobre estas raíces innatas se ubican los aspectos yoicos nacidos del conflicto, los que alcanzan finalmente una cierta autonomía estructural: son los aparatos de autonomía secundaria del yo. En la Ego psychology no se habla de historia, sino de maduración.

Tenía derecho a optar si y solo si lograba demostrar la inexistencia del yo de desconocimiento. ¿Lo hizo?

También tenía derecho Lacan. Su yo especular privilegia la identificación y el narcisismo. El yo se forja como una envoltura psíquica ortopédica en función del desamparo infantil; el yo no es el sujeto, sino el lugar de las identificaciones imaginarias. Nunca será más que la cristalización de la historia de las posiciones que determinaron en el sujeto su sujeción al deseo de los otros. El yo nunca será otra cosa que un sistema de desconocimiento marcado por las ambigüedades provenientes de su origen imaginario. Pero, según Lacan, ese revoltijo imaginario oculta la verdad del sujeto, que es del orden simbólico. El trabajo del psicoanalista consiste en registrar esos niveles imaginarios de la psique, necesariamente alienantes, para dejar advenir la verdad del sujeto. Lacan, por cierto, reconoce el apuntalamiento corporal del yo, pero para denunciarlo como señuelo.

Los dos bandos tienen y no tienen razón. Se trata de despolitizar la cuestión y evitar los efectos nocivos de la pertenencia a corrientes e instituciones. Se trata de construir una teoría del yo que respete su duplicidad-complejidad.

El yo es autoalteración, lo cual supone autoorganización a partir de las representaciones identificatorias. Sigo trabajando (Hornstein, 2000 y 2003) una teoría que concibe al yo no sólo identificado, sino identificante; no sólo enunciado sino enunciante; no sólo pensado, sino pensante; no sólo sujetado, sino protagonista.

También nuestro posicionamiento respecto de las organizaciones fronterizas dependerá de nuestra teoría del yo.

El yo no existe al comienzo sino que deviene, va deviniendo. El bebé necesita que la madre sea capaz de decodificar lo que él “oscuramente” transmite y de comprender que él necesita estimulación y quietud, quietud y estimulación. El niño, para controlar los estímulos, crea representaciones simbólicas que organizan la pura excitación. Mientras tanto, la madre cumple esa función, provisionalmente, función que paulatinamente deberá deponer. Si su angustia le impide cumplirla, habrá fragilidad en la organización psíquica del niño. Si se apura, si no gradúa los plazos, se instala la omnipotencia simbiótica, mientras que aplazamientos demasiado largos dan pie a la desesperación.

La madre capta los movimientos psíquicos de su niño por sus expresiones visibles. Sin ella el niño no sabe de ellos, así como ignora la existencia de un espacio por fuera de él. Espacios y afectos que serán perceptibles para el bebé a partir de las respuestas que la madre propone. El bebé expresa su sentir en el cuerpo. La madre lo decodifica, lo interpreta, traduce esos signos visibles del cuerpo y, desde su subjetividad, les presta palabras y afectos.

El narcisismo es trófico cuando la quisquillosidad por la identidad y la autoestima deja lugar para “amar y trabajar”. Es patológico cuando el amor por sí mismo es reemplazado por el dolor por sí mismo. Ni se tiene el derecho de estar, de existir. Los otros no pudieron construir los objetos transicionales. Ese lugar, que debió ser regado por el lenguaje, la simbolización, la creatividad, se volvió árido de tanta somatización, actuación o depresión.

La expresión “trayecto identificatorio” se introdujo en la terminología para respetar un movimiento que dura lo que dura la vida. El psiquismo, transformando el azar en organización, incrementando su complejidad, engendra nuevas formas y desarrolla potencialidades.

Estamos lejos de la vieja “identificación”.

Mis cuatro modelos para el narcisismo

Al yo le está pasando de todo en la clínica actual, y la teoría, por momentos, es como si escuchar llover. Son jaqueados la consistencia del yo, su valor, su indiscriminación con el objeto, sus funciones, pérdidas o nunca constituidas. La teoría en vez de complejizarse o de reconocerse sobrepasada, mete todo en la misma bolsa, como ya dije en Narcisismo (2000). Y se queja de una psiquiatría considerada descriptiva (que al menos describe).

Una vez demostrado el error de unificar la clínica del narcisismo, he intentado una metapsicología del narcisismo. Llegué a cuatro modelos:

- patologías del sentimiento de sí (cuadros borderline, paranoia y esquizofrenia);
- patologías del sentimiento de estima de sí (depresiones);
- patologías de la indiscriminación objeto fantaseado—pensado con el objeto actual (elecciones narcisistas, diversas funciones del objeto en la economía narcisista). Vivir hablando con uno mismo sin aceptar lo distinto. La no discriminación entre objeto fantaseado y real implica una alteridad no reconocida.
- patologías del desinvertimiento narcisista. Corresponde a la no constitución de ciertas funciones yoicas o su pérdida por exceso de sufrimiento. Lo evidencia, en la clínica, toda patología narcisista que presente estados de vacío del yo.

Las cuatro problemáticas tienen que ver con el yo: integridad, valoración, aceptación de la alteridad, dificultades en las funciones yoicas. Y remiten a conflictos distintos.

Como dije, ubico las organizaciones borderline, la paranoia y la esquizofrenia en uno de los cuatro modelos del narcisismo y las considero patologías del sentimiento de sí. En las organizaciones borderline es un yo con límites borrosos; en la paranoia, un yo en peligro de fragmentación, y en la esquizofrenia, un yo que regresó más allá del narcisismo, hacia el autoerotismo.

Y si hemos de estudiar y tratar patologías del sentimiento de sí, conviene reconocer diversos usos de la noción. Stern diferencia varios. El sentimiento de sí agente, cuya disminución hace que el sujeto no se reconozca como actor de su acción. El sentimiento de sí como sentido de la cohesión física, sin el cual puede haber fragmentación de la experiencia corporal. El sentimiento de sí como sentido de la continuidad, cuya ausencia origina disociación temporal. El sentido de la afectividad, que, si falta, da lugar a estados disociados. El sentimiento de sí como sentido de organización.

Lo de Stern es descriptivo y enriquecedor pues me ha permitido teorizar sobre los cimientos de la experiencia subjetiva.

Sigo con Stern. Históricamente describe cuatro dominios de la experiencia del sí-mismo y los vínculos: 1) un sí-mismo emergente, que se forma entre el nacimiento y los dos meses; 2) un sí-mismo nuclear (entre los dos y los seis meses); 3) un sí-mismo subjetivo, que se forma entre los siete y los quince meses, y 4) un sí-mismo verbal, posterior a los quince meses. Surgen en esas fechas, pero no cesan cuando surge el siguiente. Siguen activos y coexisten toda la vida.

Fronterizos

En los pacientes fronterizos ¿qué sino el sentimiento de identidad puede contrarrestar las desbordantes angustias? Acabemos con las simplificaciones. La identidad no es ni una matriz ni un sello. Es un tejido de lazos que articulan narcisismo, identificaciones, pulsiones, conflictos, versión actual de la historia, defensas y proyectos.

El sentimiento de sí requiere el intercambio continuo con los otros. Supone un compromiso entre aquello que permanece y aquello que cambia, entre un núcleo de identificaciones y de representaciones y las recomposiciones que exigen los encuentros, que implican una nueva distribución entre los soportes narcisistas y los soportes objetales, la elección de nuevos objetos, el duelo por otros. A estos movimientos se les oponen resistencias diversas: entre las instancias psíquicas, entre el sujeto y los otros significativos, así como entre Eros y pulsión de muerte (Aulagnier, 1984).

El fronterizo lucha por conservar una precaria identidad. La frontera entre interno y externo debe ser reafirmada ante la incertidumbre. La indiferenciación sujeto-objeto se debe a un desdibujamiento de los límites del yo. Admitamos esta polaridad. En ella se sitúa una multiplicidad de mecanismos de defensa. La fragilidad de la represión genera una notable porosidad entre instancias.

Los síntomas remiten a problemas del yo y sus relaciones con los otros. Miedo de destrucción recíproca. Esclavizante dependencia del objeto. Si un vínculo se rompe o amenaza romperse hay muchas posibilidades de depresión severa. Y de pulsiones desmesuradamente violentas, incontrolables.

Al faltar irrigación deseante, el mundo fantasmático es inaccesible. El sujeto se siente vacío por dentro y por fuera.

La amenaza de separación evoca intensos temores de abandono. Para minimizarlos y para prevenir la separación, con frecuencia se producen violentas acusaciones de malos tratos y crueldad, así como rabiosos comportamientos autodestructivos. Estos comportamientos suelen suscitar en los demás una respuesta protectora de culpabilidad o de temor. Ante la ausencia de una relación protectora o de sostén, se manifiestan experiencias disociativas o actos impulsivos desesperados (incluyendo el abuso de sustancias y la promiscuidad).

La angustia de separación remite al desamparo psíquico, su base es una perturbación económica. No proviene del peligro libidinal sino de la amenaza por la irrupción de cantidades. Por el contrario, la angustia señal supone un yo cohesivo.

La angustia de separación y la angustia de intrusión se oponen y se complementan. El fronterizo vive bajo dos amenazas: o lo abandonan sus objetos o lo aplasta la intrusión. Atado al objeto o controlando la distancia, ¿qué libertad le queda?

El psiquismo es un sistema, no una maquinaria. Y un sistema complejo, abierto, con complejas estrategias activas y complejas estrategias defensivas. Respetando la convención, seguiré empleando la expresión “mecanismos de defensa”, aunque de algún modo favorece la siempre presente tentación mecanicista. Los mecanismos de defensa difieren según el conflicto predominante. Debemos reconocer en ellos dinámica y fuerza. El entramado de la fuerza es la instancia amenazada. Su agente, aquello que la ejerce. Su finalidad, evitar toda perturbación que se traduzca en displacer. Sus motivos, aquello que anuncia la amenaza y desencadena el proceso defensivo (angustias: real, neurótica y ante la pérdida de amor del superyó).

Freud (1926) propone una visión global del concepto de defensa; incluye, además de la represión, otros mecanismos de defensa estableciendo conexiones entre cada uno de ellos y determinadas afecciones: regresión, formaciones reactivas, conversión, aislamiento, anulación retroactiva, introyección, identificación, proyección, vuelta sobre sí mismo y transformación en lo contrario, escisión, clivaje, etc. Intervienen no sólo ante derivados pulsionales sino ante todo aquello que suscita angustia: emociones, situaciones, exigencias del superyó, de la realidad y de los otros significativos. En la última parte de su obra, Freud indicó mecanismos que afectan la unidad del yo (fisuras, grietas) elementos indispensables para construir una teoría del funcionamiento psíquico de los estados fronterizos.

Hay conflicto cuando el sujeto es tironeado por exigencias contrarias e incluso irreconciliables. Y el conflicto se da en distintos terrenos: entre pulsiones, entre instancias, en el interior mismo de las instancias, entre deseo y defensa, entre amor y odio. Freud da del conflicto una versión compleja, de tres registros: tópico (preconsciente-inconsciente; ello, yo, superyó), dinámico (conflicto pulsional: Eros y pulsión de muerte), económico (energía libre y ligada, procesos primario y secundario) y para tramitarlos están los mecanismos de defensa.

Lo que viene del otro y de la realidad es vivido por los fronterizos como afrenta. A la distancia, la indiferencia y la extrañeza no sé si llamarlas “mecanismos de defensa”. El hecho es que defienden.

Investir al otro es exponerse al abandono. Buscan la fusión porque, solos, temen perder su sentimiento de sí. O, en vez de buscarla, la rehuyen. Mantienen al otro a distancia para no perder su sentimiento de identidad. Tienden a la autosuficiencia negando toda dependencia. Entablan vínculos sólo transitorios o, si perduran, se desinteresan, se abroquelan ante el “avasallamiento”, producto y productor de una angustia masiva que reedita el encuentro con esa madre que no pudo dosificar y regular los estímulos (externos e internos) y proponer un proceso de simbolización que impida un desborde traumático (Rother Hornstein, 2006).

Hagamos metapsicología

¿Fragilidad del yo, indiscriminación con el otro? ¿Exceso de defusión pulsional? ¿Predominio de energía libre, falta de inhibición por el yo?

¿Se trata simplemente de “descubrir” para el fronterizo un nuevo mecanismo de defensa? ¿Se trata nada más que de encontrar una nueva falla en sus funciones yoicas? Se trata, más bien, de escuchar la clínica y pensarla. Hay que circunscribir clínica y teóricamente su especificidad, lo que no deja lugar para definiciones perezosas.

Dice Pontalis (1977): “más que del retorno de lo reprimido habría que hablar del retorno de lo represor”. El yo, ese yo al que se consideraba desmantelado, ese yo unificado y unificante, que puede reconocerse como sí y mismo, como unidad y continuidad, ha retornado como índice de una problemática clínica acuciante: las organizaciones fronterizas. En ellas prevalece un yo frágil, “avasallado” por las otras instancias: ello, realidad y superyó.

Lacan ha negado la pertinencia de la noción de estado límite y todavía hoy muchos lacanianos siguen esa parte de su enseñanza. Green (2003) nos muestra un “lado flaco de la teoría lacaniana”:

“Como es sabido, para Lacan el yo es cautivo de las identificaciones imaginarias del sujeto, teoría que casi no admite críticas. Pero nos preguntamos si con eso basta para dar cuenta de todas las manifestaciones comprobadas en el campo clínico y que se vinculan con el yo. No olvidemos que para el propio Freud la clínica de las psicosis ponía al yo directamente sobre el tapete. No debe asombrarnos entonces que los casos límite involucren lo que podemos llamar la patología del yo. Me parece imposible seguir ocultando ese lado flaco de la teoría lacaniana, a menos que neguemos la pertinencia –muy generalmente admitida, sin embargo- de la noción de estado límite. Pero la negación de la clínica dura poco tiempo”.

No sólo la clínica, como dice Green. También la teoría vuelve por sus fueros. El fronterizo es una de las patologías del proceso de subjetivación. Estas personas padecen de déficits estructurales: se malogró la síntesis de las identificaciones, con una intensidad o duración que podría afectar toda la sintomatología. Y padecen de déficits ocasionales: duelos, traumas, enfermedades orgánicas, que sacuden el psiquismo. Las disfunciones del yo remiten a fallas del objeto. Hay que indagar el ambiente precoz.

Hablar del fronterizo es situarlo entre los otros cuadros. Veamos los mecanismos de defensa. Éstos actúan en dos niveles. En uno predominan la represión y la angustia de castración. En otro, la escisión y la proyección (estrategias defensivas que tienden a excluir el espacio psíquico interno): defensas por expulsión en el acto, en el cuerpo (hipocondría y somatizaciones) y en el otro (identificaciones proyectivas). Predominan entonces los mecanismos de clivaje y de negación. La función externalizante hace que las tensiones se expulsen fuera de la psique. Predomina el modelo del acto, como consecuencia de una imposibilidad de reducir los afectos que no han podido ser tramitados.

Están afectados los procesos de pensamiento (situados entre adentro y afuera y, por así decirlo, entre las instancias psíquicas). El trabajo del preconciente, efectivo en las neurosis, se revela desfalleciente en los fronterizos. De los porqués algo hemos dicho: invasiones entre los sistemas, porosidad entre fronteras internas y externas. Al ser precaria la contención preconciente se dificulta la tramitación de cantidades y entonces se recurre a vías de descarga que tramitan el desborde.

Para Green (1990) una teoría del pensamiento reúne diversas problemáticas: 1. La frontera entre el adentro y el afuera. 2. La representación. 3. La ligadura en su nexa con la desligadura. Representar es ligar, pero pensar es re-ligar las representaciones. 4. La abstracción. Es el carácter más específico del pensamiento. Supone una “depuración” de los derivados pulsionales y de su carga afectiva.

“Clivaje” es y no es un término pasado de moda. Todavía hoy sirve para designar la coexistencia en el seno del yo de dos actitudes psíquicas hacia la realidad exterior, una que la tiene en cuenta y otra que la niega. Si en vez de “clivaje” decimos “escisión”, no será más que una preferencia terminológica, si no aprovechamos las tramas conceptuales creadas por Freud sobre esta palabranoción. El yo tiene cierta tendencia a la síntesis, pero esta síntesis a veces sucumbe, transitoria o definitivamente. Eso es lo que tenemos que observar y articular, desde horizonte epistemológico actual.

Una conducta que podría conducir hacia la diferenciación sujeto/objeto se atasca en la pérdida de las referencias, como por ejemplo en la identificación proyectiva. La negación ya no actúa de manera estructurante gracias al reconocimiento claro del mundo interno y el mundo externo. Es reemplazada por la renegeación y el clivaje, que intentan mantener cierta coherencia, pero que dividen el funcionamiento psíquico.

Describir es el primer paso para la teorización pero hay que darlo. Prevalecen comportamientos autodestructivos, inestabilidad de las relaciones con los otros, impulsividad, síntomas fóbicos y conversivos, fobias múltiples, síntomas psicóticos episódicos, ideas de persecución, tentativas de suicidio. En el plano de las conductas, se destaca la dependencia al otro, pero también con frecuencia a la droga o al alcohol y la inestabilidad de las conductas sexuales con carácter caótico e impulsivo, a veces bajo la forma de relaciones perversas. Los pasajes al acto, son frecuentes, incluidos los intentos de suicidio.

Ni en la teoría ni en la práctica es fácil dar cuenta del polimorfismo sintomático. Lo que el paciente teme no es la fragmentación ni el estallido, como en la angustia psicótica, sino el abandono.

Se trata de una angustia de pérdida de objeto. De allí los síntomas depresivos, tan frecuentes en el borderline, no tanto la tristeza o la inhibición psicomotriz como los sentimientos de vacío y de aburrimiento.

Menciono. Labilidad del yo y angustia masiva. Polimorfismo sintomático e inconsistencia de las relaciones de objeto. Un yo desfalleciente cumple como puede su función de elaboración de los conflictos. Así lo muestran en la clínica ciertos indicadores: la incidencia de los procesos primarios en el pensamiento; el despliegue de mecanismos de defensa primitivos (escisión, idealización primitiva, identificación proyectiva, desmentida y omnipotencia, etc.).

Después de mencionar, abordo la metapsicología. Tópicamente, confrontamos las consecuencias de las falencias yoicas. Dinámicamente, el predominio de la negación, la escisión y la defusión pulsional. Económicamente, las dificultades en el trabajo de simbolización y el riesgo de desborde traumático.

La metapsicología de Freud, centrada en la angustia de castración, parecía “completa”. Pero el trabajo clínico con los fronterizos nos confronta con angustias que expresan una labilidad de las fronteras entre el yo y el objeto, y entre el yo y las otras instancias. En eso estamos. Lo primero es soportar en la clínica la existencia de una pluralidad de angustias.

Bibliografía

Aulagnier, P (1979): “*Los destinos del placer*”, Petrel, Barcelona, 1980.

_____ (1984): “*Los dos principios del funcionamiento identificatorio: permanencia y cambio*”, en *Cuerpo, historia, interpretación*, L. Hornstein, P. Aulagnier, M. Pelento, A. Green, M. Rother Hornstein, H. Bianchi, M. Dayan, E.F. Bosoer, Paidós, Buenos Aires, 1991.

Freud, S. (1914): “*Introducción del Narcisismo*”, A.E. Tomo XIV.

_____ (1916-7): *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, A.E. Tomo XVI.

_____ (1926): *Inhibición, síntoma y angustia*, A.E. Tomo XX.

_____ (1938): *La escisión del yo en el proceso defensivo*, A. E. Tomo XXIII.

Green, A. (1990): *La nueva clínica psicoanalítica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.

_____ (2003): *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*, Amorrortu, Buenos Aires, 2005.

Hornstein, L (2000): *Narcisismo: autoestima, identidad y alteridad*. Paidós, Buenos Aires.

_____ (2003) *Intersubjetividad y clínica*, Paidós, Buenos Aires.

_____ (2004) *La subjetividad y lo histórico social* en L. Hornstein (comp.) Proyecto Terapéutico. Paidós, Buenos Aires.

_____ (2006): *Las depresiones*, Paidós, Buenos Aires.

Lacan, J. (1966): *Escritos I*, Siglo XXI, México, 1971.

Lerner, H. (2006): *Adolescencias, trauma, identidad* en Rother Hornstein (comp.) *Adolescencias: trayectorias turbulentas*, Paidós, Buenos Aires.

Pontalis, J. (1977) : *Entre el sueño y el dolor*, Sudamericana, Buenos Aires, 1978.

Rother Hornstein, M.C. (2006): *Identidades borrosas* en Rother Hornstein (comp.) *Adolescencias: trayectorias turbulentas*, Paidós, Buenos Aires.

Stern, D. (1991): *El mundo interpersonal del infante*. Paidós, Buenos Aires, 1995.